

Reflexiones finales

Capítulo VI

La idea de que los partidos políticos realicen primarias -y de que estas sean reguladas por el Estado- ha sido en sí misma una iniciativa muy valiosa para el sistema de partidos panameños. Peor habría sido no contar con esta herramienta institucional y, mucho peor aún, que esa regla existiera en la norma legal pero que la misma no se cumpliera, no se acatara ni que hubiera una institución del Estado (como el Tribunal Electoral) que se ocupara de que lo que dice la norma se pueda llevar a la práctica. En un escenario de nuevas normas, Realizando Metas (RM), Partido Revolucionario Democrático (PRD), Cambio Democrático (CD) y Partido Panameñista (PAN) han hecho primarias para definir sus candidaturas a la Presidencia de la República.

La experiencia supone dinámicas estratégicas para unos partidos que se juegan mucho en cada elección. Las primarias tienen efectos sobre la definición de las alianzas, la legitimación de los liderazgos, las carreras políticas y la medición de las fortalezas -y debilidades- de las organizaciones partidistas. En organizaciones que han sido oligárquicas, jerárquicas y poco transparentes, este mecanismo ha permitido introducir un poco de aire fresco y claridad en la toma de decisiones. Cuando los partidos llevan a cabo elecciones internas incrementan los niveles de discusión sobre cuestiones importantes, mejoran la circulación de la información y hacen más compe-

titivas y participativas a las organizaciones. Una democracia procedimental puede sobrevivir sin que sus partidos sean internamente democráticos. En ese sentido, cualquier esfuerzo para hacer más competitivos, pluralistas y transparentes a los partidos resulta beneficioso para el fortalecimiento de las organizaciones partidistas y, con ello, a la democracia.

La regulación estatal de la vida interna de los partidos ha sido positiva en Panamá (Freidenberg y Brown Araúz 2019; Freidenberg 2010; Brown Araúz 2010), si se la compara con la de otros partidos políticos de América Latina (Freidenberg 2016). Estas dinámicas evidencian que hacer primarias es una condición necesaria, pero no suficiente para garantizar un mejor rendimiento partidista, mayores oportunidades de éxito electoral y democracia interna. Si bien los procesos electivos no tienen todas las mismas características ni resultados similares, la experiencia comparada pareciera indicar que las elecciones internas cerradas, no obligatorias, simultáneas para los partidos que quieran celebrarlas, organizadas y financiadas por la autoridad electoral, constituyen el modelo normativo con más probabilidades de ser exitoso en términos de democracia interna de los partidos. El caso panameño abona en ese sentido, aunque aún presenta dificultades que deberían poder ser subsanadas con voluntad política y compromiso ciudadano.

A pesar de haber generado importantes expectativas ante la ciudadanía, la clase política y la academia, algunos procesos de primarias han servido para reforzar el poder de las cúpulas, legitimar las decisiones de un líder o un grupo pequeño de dirigentes para imponer a su candidato/a, polarizar e incluso fragmentar en múltiples grupos a las organizaciones partidistas. En este sentido, muchas de las experiencias realizadas en América Latina frustraron las expectativas generadas por las primarias. El conocimiento del caso panameño enseña que existen ciertas condiciones técnicas, políticas y organizativas que deben estar presentes para que las primarias rindan y sean prácticas positivas para los partidos.

Las dinámicas que fortalecen a las organizaciones de partidos suponen procesos mucho más complejos que incluyen ideas, habilidades y compe-

tencias orientadas a ejercer prácticas pluralistas y garantizar el ejercicio plural de la democracia. Se puede cambiar el entorno en el que compiten los partidos modificando las reglas de juego que marcan ese escenario, pero también se pueden cambiar las prácticas que los partidos desarrollan para poder mejorar el rendimiento partidista.

Se trata de sumar esfuerzos para mejorar la *performance* de las primarias, democratizar aún más los procesos, fortalecer los liderazgos, ser más innovadores en la movilización de la militancia, ser capaces de generar equilibrios entre las facciones internas y tener pulso con la agenda de la militancia y del electorado. Si las primarias no mejoran las oportunidades de ganar la elección general, los partidos terminarán rechazándolas. La experiencia reciente de 2024 no ha ayudado en ese sentido a mejorar la evaluación de las primarias, dadas las complicaciones con el registro de candidaturas del candidato presidencial y su sustitución tras un proceso confuso que fue judicializado y que se resolvió dos días antes de la elección general.

La experiencia panameña es lo suficientemente robusta como para enseñarnos que es necesario repensar las prácticas, estrategias y el modo en que los partidos toman decisiones y se vinculan con la ciudadanía. Las primarias han contribuido a definir candidaturas, pero han sido muy poco incluyentes, poco participativas y han estado cruzadas por inequidades. No basta solo con regular los procesos por ley, sino que se debe ser capaces de contar con élites leales hacia la democracia y garantizar de manera real los derechos de la militancia y de todos los grupos y sectores que participan en las mismas. Esta no es una cuestión menor. Los desafíos que las primarias y los partidos enfrentan son muchos, en un momento donde muy pocas personas valoran positivamente a los partidos. Los partidos tienen tareas. Los datos de la evaluación de su funcionamiento, según la Corporación Latinobarómetro (2023), indican que el 57,1% de los entrevistados panameños no cree que los partidos funcionen bien, y un 63.9% señalan que la democracia puede funcionar sin ellos.

A diferencia de lo que sostienen los críticos sistémicos y los pesimistas, no creo que se deban eliminar las primarias, aunque estemos desencantados con ellas, sino de hacerlas más competitivas, participativas, incluyentes y democráticas. Los procesos han sido exitosos en definir las candidaturas que se van a presentar en las elecciones, pero estos mismos mecanismos han sido muy poco incluyentes y han estado cruzados por múltiples inequidades que no garantizan la democracia. Estos procesos no solo han fortalecido a las élites, sino que han evidenciado las dificultades que enfrentan las minorías desafiantes a quienes controlan el poder partidario -e incluso las mujeres- para poder conseguir las candidaturas. Los procesos realizados han enfrentado problemas dado que la cancha no ha sido pareja. Esta no es una cuestión menor.

Las élites han aprendido a beneficiarse de un juego que resulta económicamente muy costoso, reproduce desigualdades y no necesariamente supone ejercicios más democráticos, competitivos e incluyentes. Cualquier cambio en las reglas de juego es una oportunidad para generar modificaciones en los comportamientos y las prácticas de los actores políticos. Sin cambios proactivos hacia el pluralismo en los incentivos que inciden en los comportamientos de las dirigencias o las militancias, resultará muy difícil que varíe el rendimiento de las organizaciones partidistas. En ese sentido, este diagnóstico espera -una vez más- proporcionar elementos para quienes deben tomar esas decisiones, en clave de desarrollo democrático.